

# Crónica de la monja de Guarne

*Amparo Zapata Llano: la monja de Guarne*

Lilliam Eugenia Gómez Álvarez

(Colombia, 1946-v.)

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster y Doctora en Ciencias Biológicas de la Universidad François-Rabelais Tours, Valle del Loira, Francia, y Posdoctorado en Ecología Experimental de la Universidad de Pau, Francia. Profesora de las universidades Nacional de Colombia, de Antioquia y de Managua, Nicaragua. Trabajó, entre otros, en la FAO, en el Museo de Historia Natural de París, Francia, en el ICA y en Corantioquia. Actualmente es investigadora en el Insectario de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, y consultora en proyectos de agricultura. Ha recibido numerosos reconocimientos y distinciones.



## Resumen

**C**rónica de un encuentro de dos colombianas, una monja y una investigadora, en el Sahel<sup>1</sup> africano, en un momento histórico, transcendental, con un cambio de poder; cuando el joven Thomas Sankara, panafricanista, le daba un vuelco a las políticas feudalistas. Esta es más una historia de la vida, vivida con una intensidad infinita, sin limitaciones, sin condiciones religiosas o de raza, en donde predomina siempre el ser humano y aquel sueño de libertad y justicia social, de conquista del derecho de la mujer.

## Palabras clave

Baobab, Harmatan, hombres de dignidad, jansenistas, Kaimboinse, Ouagadougou, Peel, Sahara, Sudán francés.

Aún recuerdo aquel remoto día en que preparaba mi viaje hacia un país lejano y desconocido, el entonces llamado Alto Volta,<sup>2</sup> situado al este, en el cinturón sur del Sahara, que formaba parte del antiguo Sudán francés en la época colonial. De él conocía poco, a pesar de que no era mi primer contacto con África, ya que había trabajado en Ruanda y Burundi, al oeste, y de que durante una de mis estadías en casa del profesor Labeyrie me habían maravillado las narraciones

<sup>1</sup> Denominación de los países situados en el cinturón sur del Sahara, o El gran desierto.

<sup>2</sup> Adquirió su independencia en 1960.

de su nieto, quien estaba pasado unas vacaciones en Francia, procedente de ese país, donde vivía con sus padres. El niño nos contó con lujo de detalles el día en que había acompañado en un avión a su padre y a sus amigos “a bombardear las nubes para hacer llover”. Marcelle Labeyrie, su abuela, solo alcanzó a decir “qué imaginación tiene este niño”.

Tiempo después, cuando el país se moría de sed en una sequía prolongada de cinco años, pude comprobar la veracidad de la historia del pequeño Labeyrie cuando vi cómo fueron bombardeadas las nubes con sulfuro de plata.

Antes de viajar recibí una llamada de mi amiga Pilar Mejía, arquitecta, contándome que en el Alto Volta vivía “una monja que era de Guarne”, misionera de La Presentación, amiga de su hermana profesa y que su familia quería que le llevara una encomienda, lo que gustosamente acepté.

Viajé sin billete de regreso a la capital del Alto Volta: Ouagadougou, a la que había empezado a llamar “la ciudad de las once letras” y también a amar, ya que formaría parte de mi vida durante quince años.

Viajé directo a Roma para posesionarme en mi cargo de experta en la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)... y al fin tomé el avión, con silla en la ventanilla, para leer el paisaje desde la altura y permitirme soñar cinco horas sobre aquel enigmático mundo de arena que es la travesía del Sahara, El gran desierto.<sup>3</sup> Llegué primero a Bamako, la capital de Malí, sede del proyecto, donde conocí a su directora “Madame Bâ”.

Ella después sería mi gran amiga, aquella a quien años más tarde le regalara mi bellísima reproducción del *Guernica* porque estaba convencida de que mis

<sup>3</sup> Sahara: en lengua **اڭ-الکبرى الصحراء** aṣ-Ṣaḥrā’ al-Kubrā, El gran desierto. Presenta dunas que llegan a alcanzar hasta 193 metros de altura. Es un desierto caluroso, con una extensión de 9.065.000 km<sup>2</sup>. Es el desierto más grande y ocupa en extensión el tercer lugar después del Ártico y la Antártida (Desierto del Sahara, 2019).

fiebres delirantes “eran los demonios de ese cuadro, los cuales me hacían tanto daño”. Creo que para entonces el África estaba ya muy dentro de las dos, y así, sin darnos cuenta, nos había carcomido el cerebro.

Luego volé a Ouagadougou. Al llegar pensaba, en primer lugar, que debía saber cómo encontrar a “la monja de Guarne”. Desde el mismo aeropuerto empecé a preguntar cómo saber de ella. El recorrido desde el aeropuerto, muy moderno, hasta el hotel, me espantó. Jamás hubiera creído que años después lloraría lágrimas amargas por tener que venirme de allí, a causa de la cancelación sorpresiva del proyecto.

Atrapada por la visión de mis recuerdos me sumerjo en mis vivires en el país de los “hombres de dignidad”;<sup>4</sup> aquel país de los años ochenta donde pasé siete años de mi existencia bajo el sol ardiente del Sahel y a la sombra fresca de los baobabs; el grito desde los minaretes que llamaban todos los días y a las mismas horas al rezo eran la garantía de la eternidad. El color de la tierra africana, roja y ocre, se mimetizaba cual camaleón con las humildes viviendas. El barrio extranjero, con sus lujosas mansiones, se alzaba desafiante al otro extremo de la ciudad, como testigo mudo de los años de colonización y dominio.

Aprendimos en el hermano menor del Sahara a escuchar y a distinguir los sonidos del desierto. Raros, difíciles, preciosos como una lengua muerta. Los latidos del corazón se me aceleraban cuando el silencio cambiaba bruscamente de color y el aire caliente de dirección.

La memoria nos encuentra al otro lado del tiempo. Hoy vuelvo a pensar en Amparo, de Boasa;<sup>5</sup> ella está guardada por siempre en un rincón de mis recuerdos en los que vuelvo a penetrar. De pronto comenzaron a desfilar las imágenes de mis archivos y empecé a percibir otros paisajes, otros colores, otros cielos...

<sup>4</sup> Significado de Burkina Faso. Nombre dado al país después de la toma del poder por parte de Thomas Sankara, o el presidente de Faso.

<sup>5</sup> Pequeño caserío situado a veinticinco kilómetros de Ouagadougou, donde se encuentra el gran dispensario. Este caserío está gobernado por un rey Mossi, tribu étnica mayoritaria del país.

aquellos del Sahel. Pienso entonces en las noches de tibieza en las que respiraba el perfume del olor que dejaba el harmatán.<sup>6</sup> La idea se instala, me invade, se ampara en mí; es entonces cuando las palabras despiertan y comienzo a escribir la “Crónica de la monja de Guarne”.

Era fin de semana. Al rato de estar en el hotel, situado en el centro y a todo el frente de una mezquita cuyo minarete podía verse desde mi ventana, una persona de las que me acogió llegó con el número del teléfono de “L’auriel”. Allí me dirían dónde podría encontrarla.

Telefoneé de inmediato y, para mi sorpresa, me contestó una voz con un marcado acento español. Era una vieja monja catalana que me informó “que te encontrabas en el campo a unos veinticinco kilómetros de allí, ya que manejabas un gran dispensario. Me tranquilizó pidiéndome mis datos y asegurándome que se los harían saber”.

Así fue como en aquella misma semana me llamaron a mi trabajo pero yo no estaba. Al regreso de la estación experimental de Saria, uno de los posibles sitios donde iba a trabajar, supe que la monja estaba en el “L’auriel” y que me esperaba. La llamé, la invité a comer al Agua Viva, uno de los mejores restaurantes de la ciudad, y sin su consentimiento pedí una botella de buen vino. Lo recuerdo como si fuera hoy: era un vino de Medoc. Nuestro encuentro fue celebrado con una copa en la mano.

Todo mi afán era conocerla, y la ansiedad hizo que me olvidara de la encomienda. Eso me permitió aventurarme al domingo siguiente en aquel país desconocido, y con las escasas señas fui a buscarla al famoso dispensario. Así me enteré de lo que hacía, cómo vivía, cómo salvaba vidas.

No fue fácil llegar a Boasa. Creo que me perdí mil veces y me reencontré otras tantas hasta encontrar el camino

<sup>6</sup> Vientos del desierto cargados de arena, que soplan entre noviembre y mediados de marzo.

de los jóvenes baobabs. De lo que sí estoy segura es que no eran los mismos árboles de los que hablaba Saint-Exupéry en *El principito*. Luego memoricé aquella que fue mi ruta diaria durante mucho tiempo. Y a ella aprendí a amarla infinitamente y a respetarla cuando vi lo que hacía. Tácitamente adquirí el compromiso de participar activamente en su humana y solidaria labor. Se crearon rutinas. En el cruce de dos caminos entre Kamboinse, estación experimental que era mi sede de trabajo, y el camino de Boasa, a las cinco y media de la mañana, dejaba diariamente mis “dos caballos”; aquel carrito color verde loro, verde como la sabana en las épocas de lluvia. De este modo, a mi regreso, no iba a casa, aquella casa que había conseguido cerca de las partidas en un barrio africano y no en el barrio de “los blancos”, cosa que me había acarreado muchas críticas. Me iba directo al dispensario a ayudarla: hacía las curas, preparaba gasas, desinfectaba el instrumental, leía exámenes de plaquetas y de gota gruesa, o anotaba en las rondas, cuando la acompañaba.

Escudriñando en mi cerebro encontré una bella metáfora: “el amor permite el nomadismo sedentario”.

En tiempo de cosecha, luego del trabajo, íbamos donde el jefe del pueblo para beber *doloo*, cerveza exquisita a base de sorgo rojo; mas, cuál fue mi horror cuando supe años después que aquel maná era rico en taninos y, por consiguiente, el causante de la locura de la mayoría de los chalados que deambulaban por ahí.

Cierto día, después de haber merendado mi fiambre en el camino, aquel que me empacaba diariamente mi cocinero, llegué al sanatorio, y ella me dijo: “tengo que entregar las estadísticas de lo realizado”. Me puse a sacarlas: aquel mes había atendido y curado a cuatro mil enfermos, porque era la médica, la enfermera, la salvadora de vidas. A ello se le sumaba la siembra del campo para tener alimentos: sorgo, millo y maíz, y la cría de las cabras para tener con que alimentar a los niños del dispensario. Labor que ella misma realizaba. Era increíble la capacidad de trabajo, la entrega. Era una monja que había sido capaz de vender todo su amor

a crédito, entregando su pasión como otras religiosas abrazaban su fe; con un rigor tal que solo pertenece a los jansenistas.

Tenía la tendencia de reír a gritos, con una risa que llenaba de solaz la sabana.

Curamos a la aborigen Peel, aquella nómada del desierto que se iba a quedar ciega. ¡Cómo le corrimos! Un amigo, “el Padre Blanco”, la operó con éxito. Hacía poco tiempo que la habían dado de alta. Un día aciago ella me esperó a la vera del camino, cerca de los jóvenes baobabs. Me sorprendió verla llorando:

—¿Qué pasa? —le pregunté.  
 —Murió la Peel —me respondió.  
 —Pero, ¿cómo? No puede ser.  
 —Murió de tétanos.

Su marido no le había dejado aplicar la vacuna en los días anteriores, aduciendo como razón que ya había estado mucho en el dispensario. Creo que el machismo y la ignorancia nos dolían igual, a ella en el corazón y a mí me hacía hervir la sangre. Yo no podía entender aquel país donde la vida de la mujer era potestad del hombre.

Me devolví, la dejé sola. Me parecía inútil todo aquello. Los días siguientes estuve en una revolución permanente. Todos me tuvieron que oír. Hasta que el exdecano de Teherán, mi jefe, como buen viejo musulmán, no lo soportó más e hizo que desde la sede de la fAo, en Roma, me prohibieran ir a trabajar al dispensario. Tuve que dejar aquel trabajo voluntario que había iniciado con tanto amor, ya que todos se preocuparon por mi reacción. Mi furia no había sido comprendida. En el desierto el calor sube desde el suelo y a lo lejos, en el horizonte, se levanta el sol.

Dejé de ir al dispensario. Solo la veía los jueves, que era su día de descanso y que pasaba en mi casa con permiso de la madre superiora; una colombiana que regentaba la casa madre de Tours. A mi regreso almorzábamos, discutíamos un rato, ella hacía la siesta, yo leía

o trabajaba; íbamos luego al Gran Hotel, donde servían los helados que tanto apreciaba. Siempre me sentaba de espaldas a la ventana, ya que no soportaba el contraste de aquellos lujosos hoteles africanos y la gran miseria de casi la totalidad del territorio nacional. Traté de explicárselo varias veces pero mis principios políticos no le eran claros. Quise que entendiera que en el fondo era lo mismo, ya que lo que ella hacía por cristianismo yo lo hacía por solidaridad. No se habló más del asunto.

Mi cocinero vino en moto hasta la estación experimental de Kaimboinse; quería avisarme que alguien había telefonado informando que ella estaba mal: “una enfermedad grave, quizás un mal de ojo”, me dijo. Apagué inmediatamente el microscopio y me trepé en la parrilla de la moto del cocinero. Imga, viróloga holandesa, quiso impedírmelo, aduciendo que era preferible que le pidiera a mi compatriota que me llevara, o, que si yo lo prefería, ella misma lo haría en nuestro microbús. También argumentó que si alguien me veía montada en la moto con el cocinero podría acarrearle serios problemas con nuestro racista jefe fAo. “Poco me importa”, le respondí. Sin embargo, la viróloga me alcanzó con el microbús y me llevó.

Llegué a Boasa. Ella ardía de la fiebre. Tenía tifus. Para soportar el calor dormía en el suelo y se duchaba constantemente. Recogí sus cosas y la subí al carro. Salió la “*sœur* fatídica” a decirme que no podía sacarla de la comunidad. A lo que le respondí: “ni sueñe que en pleno siglo <sup>xx</sup> la voy a dejar morir aquí. Me la llevo donde halla recursos. En mi casa puedo tenerla con aire acondicionado y con un médico de cabecera, aquí no hay energía eléctrica, el agua es de pozo y ella está muy mal”. Me amenazó. Yo le grité desde la ventanilla: “muérete vieja fascista”. Empecé el camino. Ella estaba tan mal que ni protestó, como siempre lo hacía por mis constantes peleas con ese personaje atroz. Siempre protestaba cristianamente y era capaz de defenderla. Era horrible, muy horrible esa persona que tantos oprobios le hacía.

Ella se alivió y volvió a su dispensario. Pero no sé qué sucedió, ya que de nuevo, a la semana siguiente, al-

guien me llamó del “L’auriel” para pedirme que fuera a buscarla. Era domingo. Salió sin el manto en la cabeza, que dejó de usar por mucho tiempo, y con una maleta en la mano. La fatídica gritaba mientras yo abría el cofre del carro: “y ni misa oye, ni reza, ni ruega a Dios...”. Ella respondió a sus agravios mientras subía al vehículo: “mis cuentas con Dios las arreglo yo, y a mi manera”. Las otras monjas y novicias observaban.

Al final de la tarde inmensas nubes negras y amenazantes comenzaron a reagruparse sobre el mantel de la “tierra de los hombres de dignidad”, lo que indicaba que las hostilidades continuarían en la noche y que probablemente durarían hasta el amanecer, o que soplaría el harmatán. Pero jamás lograron borrar las promesas del próximo día, ya que en ese país siempre es el sol quien impone la paz.

Estuvo en casa toda una semana, leyendo, cosiendo, bordando, rezando, como una buena monja. Me pareció indiscreto preguntarle qué había pasado, y la dejaba recogerse en su habitación, sola, a rumiar la rabia. Al final de esa semana llegó la madre superiora, nuestra compatriota, acompañada del doctor Flauver, médico benefactor del dispensario. Aquella noche comimos con otros amigos míos y aproveché entonces para hablar con el médico sobre “*sœur fatídica*”. Me contó que nada le extrañaba de esa señora, ya que antes de ser monja había sido informante durante la Segunda Guerra Mundial. Me sentí muy contenta al recordar lo que le había gritado y que no me había equivocado.

A pesar de una mala charla, que por error le hice a la madre superiora, que aún no recuerdo por qué se me ocurrió semejante pesadez, por fortuna ella era una mujer comprensiva y esta se volvió anécdota. Aun cuando mis razones fueran solidarias y no cristianas, como me lo repetía constantemente, pienso que mis ímpetus, mis deseos de servicio y mis batallas feministas convencieron a la madre superiora. Fue por eso que decidió llevarse a la “*sœur fatídica*” y dejarle, a ella, la vida en paz.

Los domingos iba al dispensario solo de paseo, con todos mis amigos. Les enseñé a querer aquella su obra magnífica.

El proyecto fue cancelado de manera arbitraria y fulminante. El día que debía de desocupar mi otra casa, la segunda que tuve, ya en el barrio de los extranjeros, a donde al fin fui a parar pues era imposible superar una cultura y las reglas no se pueden transgredir por más que se patalee, ella vino a mi casa, a descolgar los cuadros. Solo faltaba la reproducción del *Guernica* de Picasso; aquella obra que nunca le gustó porque le parecían demonios y por eso se la regaló a Madame Bâ. Empacó mis máscaras y mis libros ya que yo no era capaz de hacerlo. Le dije:

—Me llevo solo un poco de ropa, todo lo demás de la casa llévalo al dispensario.

—Y el carro nuevo, ¿qué harás con él?

—El carro se lo dejo por poco precio a la Embajada de Cuba, para que los nuevos médicos que llegaron en misión puedan desplazarse y ayudarte a ti y a todos tus enfermos.

Hizo entonces cinco viajes hasta el dispensario. Los libros, los cuadros y las máscaras se los llevaron los hombres del trasteo. Yo seguía sentada al pie de la puerta con dos maletas medianas, como si la vida me hubiera podido. Llegó el chofer de Madame Bâ. Me traía la llave de su carro para que pudiera trasladarme hasta el aeropuerto: “lo recogerá allí mañana”, agregó. Ella, antes de irse, me preguntó, “¿quieres venir a pasar la noche en el dispensario?”. No. Respondí rápidamente. Pero al cabo de un rato le propuse que nos viéramos en el aeropuerto.

Madame Bâ sabía que yo debía ver al final de la tarde al presidente Sankara, que me había mandado a llamar para ofrecerme la ciudadanía burkinabés. En esos siete años había habido muchos cambios; el Alto Volta no era el mismo país, se llamaba ahora Burkina Faso. Tanto la monja catalana, quien era la que le había enseñado a leer y a escribir de pequeño a Sankara, como ella,



yo y otros amigos extranjeros, habíamos vivido el país plenamente. En parte por aquella revolución se acababa mi proyecto en el Sahel.

Este no parece un cuento de dos colombianas: una monja y una investigadora en el Sahel africano; parece más una historia de la vida, y eso que esta historia está incompleta. Pero a pesar de la lejanía de estos recuerdos siguen aquí aún intactos. Por eso quise revivirlos.

Siempre llevaré unido a ese calor africano, que aún persiste en mí, el bello recuerdo de Amparo Zapata, la monja de Guarne. Aquella que por servir a su semejante, cual ciudadana del universo, sabía cómo se las arreglaba con su Dios.

Espero, donde quiera que esté, que Burkina Faso sea el referente que nos una. Y cuando cumpla mi misión completa mi energía la encontrará de nuevo.

Amparo; te recuerdo hoy y siempre mientras viva. Te quiero y te deseo que la tierra te sea ligera y que tu luz hecha energía brille para siempre, porque es lo mínimo que te mereces.

Un abrazo desde mi corazón hasta tu alma. Ser de la Luz.

Medellín, agosto 24 de 2015

### Referencias

Desierto del Sahara (2019). Recuperado de [https://es.wikipedia.org/wiki/Desierto\\_del\\_Sahara](https://es.wikipedia.org/wiki/Desierto_del_Sahara)

el bachillerato. De acuerdo con lo afirmado por el profesor Luis Javier Villegas (2006), “los colegios de religiosas, si bien en un principio fueron renuentes, lentamente se fueron adaptando a la nueva realidad de la aspiración de la mujer a ingresar a la universidad” (p. 9).

Los cambios culturales y sociales ocurridos en los años sesenta,

relacionados con las mujeres, facilitaron la entrada de estas al mundo del saber, especialmente a aquellas privilegiadas por pertenecer a clases sociales altas. Esto, sumado a la eliminación de la diferencia entre los sexos en el sistema educativo, por parte del gobierno nacional, en 1974, llevó a que gran parte de la población aceptara la necesidad de que las mujeres tuvieran acceso a la educación, lo que dio como resultado, para 1980, que el 50 % de los alumnos matriculados en las universidades fueran mujeres (Rodríguez, 2008); ya para 1993 las mujeres que